

CARTILLAS
DE
DIVULGACION ECUATORIANA

Nº 5



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1976

986
11:516

PACTO ANDINO



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1974

...en el cruce de los caminos, en el campo o a cierta esquina en una ciudad o barrio poco conocidos, nos hemos quedado perplejos, sin saber qué dirección tomar para llegar al sitio hacia donde habíamos pensado dirigirnos. Si acaso en esas circunstancias no tuvimos a quién preguntar, nuestros ojos verosimilmente habrán tratado de escudriñar el panorama ante nuestra vista, en busca de detalles que nos pudieran orientar. Pero si en semejante trance, de pronto, por tal o cual peculiaridad hemos recordado haber estado antes en aquel mismo sitio, al punto nuestra duda debió haberse transformado en alegría, pudiendo entonces proseguir nuestra marcha con optimismo y seguridad.

I. LA ENCRUJADA

A cualquiera de nosotros nos ha sucedido quizás alguna vez que, llegando al cruce de dos caminos en el campo o a cierta esquina en una ciudad o barrio poco conocidos, nos hemos quedado perplejos, sin saber qué dirección tomar para llegar al sitio hacia donde habíamos pensado dirigirnos. Si acaso en esas circunstancias no tuvimos a quién preguntar, nuestros ojos verosimilmente habrán tratado de escudriñar el panorama ante nuestra vista, en busca de detalles que nos pudieran orientar. Pero si en semejante trance, de pronto, por tal o cual peculiaridad hemos recordado haber estado antes en aquel mismo sitio, al punto nuestra duda debió haberse transformado en alegría, pudiendo entonces proseguir nuestra marcha con optimismo y seguridad.

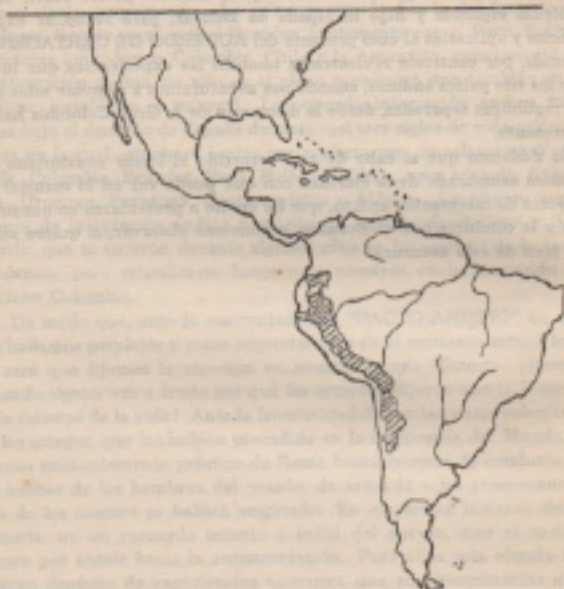
El llamado "PACTO ANDINO" o "ACUERDO DE CARTAGENA", de que tanto nos ha hablado la prensa en estos últimos años, es para el Ecuador —o sea para todos nosotros en conjunto— una encrucijada o punto del camino en que no sabemos con certeza cuál es la dirección correcta por tomar. Como veremos más adelante, esta invitación, formulada por nuestros vecinos del Norte y del Sur para fusionar nuestros capitales y también, tarde o temprano, el dinero de nuestros bolsillos en un negocio de riesgos comunes para todos, es para nosotros una verdadera incógnita y hay razones de peso para dudar hasta qué punto vale la pena correr el riesgo. Es algo muy parecido a la incertidumbre de la persona, que se detiene en una esquina o en un cruce de caminos sin tener a quién preguntar. Pero si acaso en estas circunstancias es posible recordar que antes de nosotros nuestros antepasados ya tuvieron expe-

riencia de situaciones parecidas, sabemos a ciencia cierta lo que hicieron y cuáles fueron las consecuencias de su actuación, nuestras dudas pueden disiparse, por sentirnos en capacidad de escoger correctamente.

Pues bien, si los ecuatorianos volvemos los ojos hacia nuestra historia nacional, ésta nos mostrará cómo en el pasado, al menos en tres ocasiones, ya experimentaron nuestros padres lo que es "integración andina" en diversas modalidades y qué utilidades o perjuicios se siguieron de semejante acoplamiento. La primera ocasión fue la del Imperio de los Incas, tiempo en el cual el Ecuador, juntamente con el Perú, Bolivia y sectores limitados de Colombia, Chile y la Argentina, experimentó de la integración andina, no sólo en el plano económico sino también en el político, sociológico y cultural. La segunda integración andina tuvo lugar bajo el dominio de España durante casi tres siglos de vida colonial, época en la cual estuvimos juntos por primera vez, no solamente Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile, sino, además, Argentina, Uruguay, Paraguay, Centroamérica y México. La tercera experiencia de integración andina nació de las espadas de Bolívar y San Martín, que se unieron durante algunos años en las guerras de la Independencia, para cristalizarse luego para nosotros en la formación de la Gran Colombia.

De modo que, ante la encrucijada del "PACTO ANDINO" en que nos hallamos perplejos y como empujados en el momento actual, bueno será que fijemos la atención en nuestra propia Historia. ¿Hemos pensado alguna vez a fondo por qué los romanos dijeron que la Historia es la maestra de la vida? Ante la frondosidad de teorías y especulaciones de los griegos, que les habían precedido en la hegemonía del Mundo, el talento eminentemente práctico de Roma buscó normas de conducta en los hechos de los hombres del pasado, de acuerdo a las consecuencias que de los mismos se habían originado. En esa forma hicieron de la Historia, no un recuerdo muerto e inútil del pasado, sino el camino seguro por seguir hacia la autosuperación. Para ellos esta ciencia fue el gran depósito de experiencias humanas, que en circunstancias análogas les mostraba la forma de comportarse. Y es lo que la Historia con ellos mostró su admirable eficacia como institutriz, guiándoles hacia la edificación del mayor imperio desde el comienzo de los tiempos hasta su época.

II. INTEGRACION ANDINA BAJO EL IMPERIO DE LOS INCAS



Hace cinco siglos, mientras en el Viejo Mundo los españoles no acababan de expulsar todavía a los Mahometanos del Sur de la Península,

los portugueses doblaban el cabo de Buena Esperanza en el África hacia el Oriente y los franceses, al cabo de sus guerras de "cien años", se hallaban en la tarea de unificar política y económicamente el reino, aquí en el Continente americano, separado del resto de la humanidad como lo pueden estar ahora los posibles habitantes de otras galaxias, sobre los dieciocho millones de kilómetros cuadrados de Sudamérica, la única gran potencia política y financiera sin posibles rivales a su rueda era el Tahuantinsuyo o Imperio colectivista de los Incas. Movimiento racista, originado en el centro geográfico del semicontinente, a lo largo de cuatro siglos había crecido en prolongación parecida a la del asentamiento de la cadena de los Andes, por medio de un desplazamiento expansionista lento y de profunda asimilación superbiológica de los pueblos aborígenes en todos sus aspectos, exceptuando la mezcla de estirpes, por haber considerado la suya de los Incas tan superior a las demás como lo está el cielo de la tierra. La última de sus penetraciones les había abierto las puertas del reino de Quito, confederación guerrera de tribus o pequeños reinos hacia el Norte del pueblo de los Cañaris y los Palta. Después de agotar los métodos pacíficos, se habían visto en el trance de acudir a la violencia y, después de aplicar el peso de su multitudinario y férreamente organizado ejército imperial, habían conseguido su total dominación con aquel cuantioso baño de sangre en Yahuarcocha.

La ocupación del actual territorio ecuatoriano, efectuada por los Incas, no parece haber sido una conquista de tipo imperialista con miras a la depredación y explotación, propia de los pueblos-guila durante su decadencia superbiológica sino, más bien, el fenómeno de la expansión que todos ellos han experimentado durante su adolescencia, en fuerza del cual crecen a base de la digestión y asimilación de sus vecinos, movimiento cuya característica es dar más de lo que reciben. Cieza de León, el observador agudo y objetivo, que vino a los diecinueve años de la muerte de Atahualpa y fue el único que recorrió con sus pies el "camino real del Inca" desde Quito hasta el Cuzco admirando sus monumentos y recogiendo las explicaciones de los aborígenes de entonces, parece describir claramente esta actitud del Tahuantinsuyo, al decirnos en su libro "Del Señorio de los Incas" lo siguiente: "Una de las cosas por la cual puede envidiarse a estos señores Incas es su sabiduría al

conquistar... y la hábil forma en que atraían al Imperio a los pueblos
sojuzgados... Con este sistema (o sea restauración de edificios dañados
por la guerra, envío de llamas a donde se precisaban, despacho de ex-
pertos en agricultura y arquitectura, etc.) todo quedaba tan bien regla-
mentado, que cuando uno de los Incas entraba en una provincia... en
cortísimo tiempo el lugar parecía otro... En otras palabras, a los con-
quistados por la fuerza de las armas se les proporcionaba un orden tal,
que fuese poco lo que sufriera la propiedad y las cosas de los vencidos,
porque el señor Inca decía: éstos pronto serán de los nuestros'. El mismo
historiador nos cuenta el afecto, las fiestas y los presentes, que el viejo
Huaina-Cápsa recibió al llegar a Quito por segunda vez, retribuyendo
esos sentimientos por su parte "con más apacatos y más fuertes de los
que habían".

De hecho el Tahuantinsuyo era la única nación de Sudamérica debi-
damente estructurada como para merecer el nombre de tal en sentido
técnico. Por otro lado su superficie de aproximadamente un millón de
kilómetros cuadrados (territorio mayor que cualquiera de las naciones
europeas de esa época) y su población de unos cinco o seis millones de
habitantes, convertían al Tahuantinsuyo en un país monstruosamente
grande y tremebundo, cuya fama en ese tiempo llegaba hasta las orillas
del Caribe y hasta los últimos extremos de la Patagonia.

Hacia el nudo de esta nación gigantesca estaban asentados en el
Norte por su orden los Quillasingas en el nudo de Pácto, los Zipas de
Cundinamarca, los Chibchas en el ramal oriental de la Cordillera y en
la cuenca tropical del Magdalena y costas del Caribe los aguerridos
Pijao, Panche y Caribes (sinónimo de conflictos para los españoles).
De igual modo el actual territorio venezolano estaba entonces habitado
por tribus numerosas o reinos incipientes sin unión étnica ni política
de ningún tipo, entre los cuales se destacaban los timotes y los cuicacas
en las regiones montañosas de los Andes, mientras en las regiones bajas
de clima tropical vivían los guajiro y los caribes hasta el mar del mismo
nombre. Hacia el Sur del Tahuantinsuyo, desde las orillas del río Maule
comenzaban las tribus militemente confederadas de los araucanos, que-
nos, a pesar de no haberse todavía fundido en una sola nación, eran los
pueblos antagonistas de los Incas.

La población del Tahuantinsuyo estaba socialmente organizada en forma piramidal, partiendo desde el simple ciudadano en edad de trabajar —el *púricu*— y agrupado de diez en diez bajo "el amo de poja" y las demás autoridades en forma decimal hacia arriba, cuyos puntos claves estaban ocupados por los "orejones", militares por profesión desde la infancia y de sangre incaica pura. En la cumbre de la pirámide estaba el "sapa Inca", único dueño de la vida de sus súbditos y de todos los bienes del Imperio, hijo divino del Padre Sol e imposible de ser reemplazado sino en caso de muerte por el sucesor que él mismo eligiera. El había dividido las tierras agrícolas de su inmenso territorio entre grandes fincas colectivas destinadas al mantenimiento y gastos del Estado y multitud de granjas menores entregadas a los "allós" y parcialmente subdivididas en parcelas individuales. Las mitas agrícolas ocupaban el 50% de la población y debían pagar su tributo en productos asignados anualmente a cada una, recibiendo a cambio abundante alimentación, vestuario y vivienda. El otro 50% de la población se agrupaba en mitas textiles, mineras, metalúrgicas, etc. y debía también pagar sus tributos en trabajo, a cambio de lo cual recibía del Estado todo cuanto precisaba para su subsistencia. Tales son las conclusiones de la Arqueología actual después de sesenta años de intensas investigaciones.

Esta es a grandes rasgos la grandeza a que llegó la primera integración andina al final de la prehistoria. Sus grandes monumentos representan una de las manifestaciones más ciclópeas del esfuerzo sincronizado de la Humanidad. Ningún cronista español jamás habló de haber visto a incas hambrientos o monesterosos. Por el contrario, muchas veces se llenaron de asombro ante la abundancia de sus alimentos, la calidad de sus tejidos y la riqueza incomparable en oro y plata del gran Inca y de su corte. No hay para qué mentar el número, la disciplina y el equipo bélico del ejército imperial, el cual obviamente estaba a la altura de un imperio tan minuciosamente estructurado.

Por muchos años se dio fe a las erróneas intenciones de los soldados-secretarios de Pizarro, que verdaderamente inventaron una gran batalla en Cajamarca, un cautiverio de Atahualpa y un rescate en oro, para legitimar sus derechos sobre los metales preciosos, que entonces recibieron para el rey de España. Hoy día, ante los sorprendentes descubrimientos realizados por la Arqueología en sus últimos sesenta años de investiga-

cimas, ya no parece posible aceptar aquellos viejos relatos, simplemente por falta total de proporción. En efecto, no se ve relación alguna posible de poderío militar entre aquellos ciento sesentisiete soldados ocasionales (profesionalmente eran sastres, herreros, toneleros, pragoneros, etc.) al mando del casi sexagenario Francisco Pizarro, los cuales habían sido expulsados del no-ineca pueble de Cosque por los aborígenes hacia la península desértica de Santa Elena, habían sido luego berridos de Puné por el poder militar de sus guerreros, habían perdido verosimilmente sus arcobuces en el precipitado cruce y naufragio frente a Tumbes, habían sido vueltos a derrotar por la guarnición incaica de ese puerto y puestos en fuga a través del desierto por ciento cincuenta kilómetros hasta el escondite del río Chira y habían llegado ahí al paroxismo de la desesperación, al sentirse totalmente perdidos y condenados a morir de hambre; y el ejército imperial del Tahuantinsuyo en pleno, acampado en Cajamarcá sobre una superficie de ochocientos mil metros cuadrados (Bateste), con tiendas "tan a punto", que "parecían una muy bella ciudad" (Juan Ruiz) y con las mortíferas armas de que estaban equipados, conocidas ahora plenamente gracias a la Arqueología. Asesinado Atahualpa nueve meses después en secreto y a traición por unos pocos de los españoles para soallar la voz de protesta en el hurto que se habían propuesto cometer, su misma muerte no parece haber sido la causa del derrumbamiento del Tahuantinsuyo sino simplemente una ocasión, para poner de manifiesto los males de carácter mortal de que, a pesar de su magnificencia incomparable, adolecía el Imperio de los Incas. El Tahuantinsuyo había crecido incontinentemente en fuerza de una planificación y un control de inversiones y resultados, adelantándose en esto varios siglos a su época; pero, proyectado ya el Imperio sobre una superficie de un millón de kilómetros cuadrados y seis millones de súbditos, sus "quipus" a base de nudos no pudieron ejecutar los cálculos que se requerían; esta había sido posiblemente la razón, para que el viejo Huallu-Cápsa se resolviera a dividir su reino entre dos de sus hijos. Pero aquel Imperio colectivista había crecido en forma de una pirámide socio-económica y, partido por la mitad, ambas medias pirámides tanto se siguieron necesitando mutuamente, que sobrevino la guerra civil para su reunificación. Pero aquella guerra adquirió al pronto caracteres de exterminio total mutuo, por haberse hecho presente el

segundo gran mal del Tahuantinsuyo, consistente en el "racismo". A nosotros nos ha tocado ver cuán eficaz es esta enfermedad superbiológica para destrozar a una nación en el caso de Hitler y Alemania-la grande de Bismarck parcialmente esfumada al otro lado de "la cortina de hierro". Algo parecido era lo que sucedía en el Tahuantinsuyo y la raza mestiza de Atahualpa apuntó al exterminio completo de la sangre incásica pura en Huáscar y sus "orejones", los cuales sin embargo, eran la infraestructura de oficialidad guerrera en la media pirámide del Sur. Una tercera falla fatal, la superstición religiosa ante el fenómeno telúrico de las erupciones volcánicas, al provocar el pánico ciego y la fuga precipitada por desfiladeros que se llenaban de cadáveres hacia regiones no afectadas por el terremoto subsiguiente, vino a aniquilar por fin el ejército intacto del Imperio, que se disponía a exterminar sádicamente al puñado de ingenuos o temerarios aventureros a órdenes de Benalcázar. Pues bien, como en nada de esto tuvieron que ver los españoles, parece lógico poderse concluir que ellos no fueran la causa del cataclismo sino tal vez únicamente la ocasión. Ellos, sin embargo, estuvieron a tiempo para entrar a ocupar los escombros de ese Imperio, sin haber hecho nada por su derrocamiento. Esta parece hoy día la única forma senata de coordinar, como es obvio, la Arqueología del Tahuantinsuyo con la Historia.

Pues bien, ante esta primera y en gran parte ciclópica manifestación de integración andina, a nosotros hoy día nos toca cosechar las experiencias, para el nuevo proyecto de integración que tenemos entre manos. Hagámoslo en la forma más sintética posible.

1.—La prosperidad económica es apenas uno de los factores de integración. De nada vale, si fallan los otros factores humanos esenciales.

2.—La experiencia del Imperio de los Incas nos muestra al vivo la eficacia arrolladora, que ejerce la planificación en la integración de los pueblos, así como también los riesgos funestos a que da lugar, cuando llega a ser incompleta o desadaptada.

3.—Así como la Religión es insustituible para la integración humana, por el hecho de instalar su "policia interior" para la rectitud y cooperación ciudadanas, así también puede ser suicida, cuando no se basa en la razón, dando lugar a la proliferación de las supersticiones.

4.—El reclamo es enfermedad mortal de una nación, por grande que haya llegado a ser. Síntomas lejanos de tal enfermedad pueden ser el menosprecio de pueblo a pueblo por integrarse, así como la conciencia de superioridad de la raza blanca sobre la indígena o la negra. El grado de mestizaje medirá el dinamismo efectivo de todo conglomerado humano con estirpes diferentes.

III. INTEGRACION ANDINA BAJO EL DOMINIO ESPAÑOL.



Desvanecido el Imperio de los Incas como si sólo hubiera sido un gigantesco castillo de nubes barrido por el viento, los primeros aven-

tureros españoles, desprovistos en su mayoría de educación y faltos de perspectivas históricas, se adjudicaron de hecho la victoria y avanzaron sin problemas sobre los escombros del Tahuantinsuyo, para comenzar desde ahí su obra de dominación de Sudamérica, secundados de inmediato por expediciones mejor organizadas y equipadas hacia la costa del Caribe. De esa manera y gracias al flujo incesante de nuevos colonos, hacia fines del Siglo XVI España podía ufanarse de haber extendido su dominio (en parte únicamente teórico) sobre toda Sudamérica, exceptuando naturalmente las enormes colonias del Brasil bajo la Corona portuguesa. Pero la obra de integración efectiva avanzó con mucha mayor lentitud y en parte quedó paralizada hasta la pérdida de sus colonias en los días de la Independencia. Bosquejemos brevemente los aspectos más salientes de dicha integración.

1.—Integración religiosa. La dominación española de los pueblos andinos y, desde ahí, del resto de Sudamérica más se debió a la presencia o influjo de los clérigos católicos, que obligatoriamente eran incluidos en las expediciones conquistadoras, que a las espadas y arcabuces de sus soldados casi siempre improvisados.

Los primeros aventureros de Pizarro y muchos de los que vinieron después, a pesar de haber salido de los bajos fondos de la Península y haberse manchado durante sus aventuras con los crímenes más abominables, profesaban la fe cristiana y, mal que les pesara, se veían de ordinario obligados a mascar el freno de los ritos católicos. Una minoría de aquellos conquistadores eran, sin embargo, hombres rectos y honorables por linaje o por modalidad interior, colaborando desinteresadamente en la labor evangelizadora de los frailes. Pero la inmensa mayoría, envanecidos por aquella supuesta victoria sin batalla y lejos del control civil de sus abusos, dejando para el plano de las teorías la identidad de la raza humana, descubrieron en aquellos indios, despojados de su antiguo orden social y sumisos por tradición, la bestia de carga económica para toda clase de trabajos corporales. Su cristianismo en la mayoría de los casos consistía en la asistencia a la misa dominical con honorables limosnas en monedas de oro y plata, en las pompas del matrimonio eclesiástico, si acaso habían tenido la fortuna de "conquistar" una esposa de su raza y el afán de evitar escándalos en sus entrevistas con

las Indias. La confesión "in articulo mortis", la solemne extremaunción con una concurrida procesión hacia la casa del moribundo y las pompas fúnebres, acompañadas del lúgubre doblar de las campanas hasta el cementerio, eran requisitos invariables de la catolicidad de aquellos inmigrantes cristianos de ultramar.

Los frailes venidos de la Península, al igual que los clérigos seculares, dividieron sus actividades entre la recristianización de los criollos y mestizos de las ciudades y la evangelización de los indios por medio de sus doctrinas en los campos y las reducciones en las regiones insondables de las selvas. El indígena no presentó resistencia alguna a la nueva religión; pero casi siempre su inteligencia pragmática y concreta convirtió los nuevos dogmas en una larga serie de prácticas y supersticiones.

La Corona española por su parte, durante los reinados de Carlos V y Felipe II sobre todo, se sintió en la obligación moral de devolver a Dios parte del oro ensangrentado de Atahualpa y los ríos de metales preciosos provenientes luego de las minas de Bolivia y del Perú, construyendo magníficos templos en el Cuzco, Lima, Quito y algunas otras ciudades de las Indias. De esa forma el Siglo de Oro español desbordó también en la soberbia magnificencia de nuestras iglesias coloniales.

En ese ambiente amalgamado de religiosidad, sexo y explotación durante el día y de silencio tenebroso durante las frías noches de los Andes, se desarrollaron también esporádicas manifestaciones de virtudes heroicas, como Santa Rosa de Lima y Mariana de Jesús en Quito.

2.—Integración política. España, la primera potencia militar del Viejo Mundo durante el Siglo XVI, dentro del monopolio establecido de inmigrantes españoles hacia las Indias, dio comienzo a su organización administrativa, erigiendo el virreinato de Lima en la poco afortunada persona de Blasco Núñez de Vela, derrotado y muerto por Gonzalo Pizarro (1546) en Inaquito, región campestre en ese tiempo, vecina a la ciudad. La elección de Lima como sede del virreinato de España en las Indias convirtió de hecho a la joven ciudad en centro cortesano y cuartel general para el gobierno jerárquico de toda la todavía medio desconocida Sudamérica. Durante el Siglo XVI los virreyes del Perú comprendieron muy bien su misión y, así, Francisco de Toledo (1569-1581), por ejemplo,

no se cansó de enviar capitanes en todas direcciones para completar el dominio español en los territorios todavía no explorados ni sometidos. En ese tiempo dependían del virreinato de Lima no sólo las regiones pertenecientes al actual "Pacto Andino" sino también los territorios de Uruguay, Paraguay y Panamá. Así, pues, por primera vez en la historia se integraron en el aspecto político nuestros seis países andinos y en torno a ellos los demás territorios pertenecientes a la Corona Española.

Bien merecida fue la temprana designación de Quito como sede de la Real Audiencia (1563), dada su categoría de segunda capital en el Imperio de los Incas, la fama adquirida por el descubrimiento del Amazonas y aun la trágica celebridad de haber muerto en su cercanía el primer virrey, designado por Carlos V para el gobierno de Sudamérica. Sin embargo, pasada la primera fiebre de metales preciosos que llevó a los buscadores de oro hacia el Alto Perú, Lima, el Cuzco, Quito y aun las selvas amazónicas, la empuja sabana de Bogotá y las regiones de clima templado en torno a la misma atrajeron una creciente ola migratoria de España hacia allá, a tal punto que en 1718 el rey de España creó el virreinato de Nueva Granada, al cual pasó a respaldar como un todo organizando la real audiencia de Quito. Salvo un corto período de diecisiete años (1723-1739), en que se suspendió el virreinato de Nueva Granada, Quito siguió dependiendo de ella hasta los días de la Independencia.

3.—Integración socio-económica. Hemos visto anteriormente cómo los primeros españoles, llegados a esta parte del Continente, en realidad empezaron a tratar de adueñarse de una gran civilización, que acababa de experimentar un cataclismo socio-económico interno de colosales proporciones. Por otra parte esos primeros aventureros habían venido a Cajamarca y luego habían marchado sobre el Cuzco, sobre Quito todos los rincones de aquellos interminables territorios, atraídos por la fama de la abundancia de metales preciosos, que había llegado a Panamá y fue espectacularmente confirmada con el caudal de oro, recibido graciosamente de manos del gran Inca, Atahualpa. (Esta fue la razón por la cual, ante la noticia del éxito obtenido por Pizarro y su puñado de aventureros, la oleada de nuevos buscadores de oro, procedente primero de

Centroamérica que quedó medio despoblada y luego de la Península, se regó en todas direcciones, efectuando las primeras fundaciones de ciudades más como puntos bases de dónde partir y a donde volver en sus correrías, que como centros de distritos agrícolas para una colonización estable y seria. Desvanecidas esas primeras ilusiones y despertado, sin saber nadie al fin por qué, aquel odio mortal entre Almagro y Pizarro en medio de los rumores y las realidades de los levantamientos masivos de los aborígenes, tampoco pensó nadie en las potentes tareas de la agricultura sino en la medida indispensable para no morir de hambre. Lógicamente los viveres en esos años adquirieron precios exorbitantes y sólo se conseguían a cambio de oro y plata. En este aspecto de hambruna universal, que sobrevino en torno a los años de 1535 a 1545, los que fueron a la postre más afectados que nadie fueron los propios indios, de quienes por medio de torturas se pretendía sacar no sólo el oro y la plata presuntamente escondidos sino hasta los alimentos que precariamente habían cosechado en algún sitio para no morir de hambre. Esta situación caótica y de todo punto inhumana sólo comenzó a despejarse con la venida de La Gasca y el ajusticiamiento de Gonzalo Pizarro. Desde entonces en adelante comenzó la verdadera obra colonizadora de España en estas regiones de Sudamérica.

Para comprender a fondo y hacer justicia a la obra efectuada por España en nuestro medio, tal vez el camino más adecuado sea compararla brevemente a la que un siglo más llevó a cabo Inglaterra en sus colonias del Norte del Nuevo Mundo.

Ante todo conviene notar la actitud de las coronas española e inglesa con respecto a las tierras de ultramar, que sus respectivos súbditos les iban consiguiendo. A pesar de que ambos soberanos creyeron encontrar en ellas la fuente para nuevos ingresos en sus siempre necesitados erarios, Carlos V y sus sucesores, en fuerza de sus propios principios de conciencia y las denuncias de los frailes misioneros, antepusieron al principio de la identidad de la especie humana y dictaron sus "Leyes de Indias", para defender a toda costa al menos sus derechos más elementales. Los monarcas ingleses, en cambio, miraron con indiferencia este aspecto de la ocupación de los territorios americanos efectuada por sus súbditos, preocupados más bien de los beneficios que podían obtener a toda costa de ellos. Consecuencia de esta doble actitud fue al cabo del

proceso de colonización el exterminio de los pueblos aborígenes en el Norte y su supervivencia en el Sur. Aunque con relación al punto de vista humanitario y democrata la actitud de los monarcas españoles supera a la de los ingleses como lo está el cielo sobre la tierra, eso no quita el que la disposición de ánimo hacia el máximo aprovechamiento de esta nueva aunque lejana fuente de riquezas puesta en acción por la Corona inglesa por encima de cualquier escrúpulo de conciencia, fue muy eficaz para el rápido desarrollo de las mismas. Si a esto añadimos el talento práctico del anglosajón y de las stirpes germánicas de Europa, que llegaron un poco más tarde a prestar su contingente en las faenas de desarrollo en proporciones masivas y multitudinarias, todo esto junto explicará en parte el prodigioso y veloz desenvolvimiento de los Estados Unidos en contraste con nuestros pueblos de la América del Sur, habitados por una mayoría indígena, residuo de un sistema colectivista integral, y una minoría española, mucho más apta para el arablez y los sueños de grandeza que para empuñar el arado con sus manos.

Pero la completa diversidad de temperamento de soberanos y súbditos es sólo una de las causas. Otra muy digna de tomarse en cuenta es la diversidad en la topografía. Mientras los colonos ingleses dieron con dilatadas llanuras costaneras de excelente clima templado y subtropical, respaldadas en la lejanía por la cordillera de los Apalaches con alturas moderadas, los españoles, seducidos por el fugaz señuelo del oro logrado en Cajamarca, toparon con angostas playas, unas veces desérticas y otras ocupadas por los horrores desconocidos de la selva ecuatorial, más allá de las cuales se erguían las gigantescas murallas de los Andes con cumbres nevadas de cinco y seis mil metros, páramos interminables y de cuando en cuando valles con características climáticas artificialmente templadas. De este esquema general sólo escapó años después la pampa argentina, que más tarde recibió también una inmigración española multitudinaria.

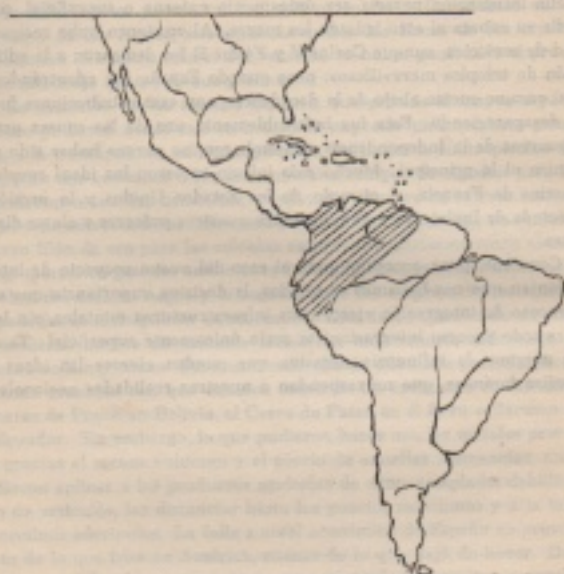
La diversidad de criterios en los monarcas ingleses y españoles fue cristalizándose luego en instituciones típicas de cada uno de ellos. Los ingleses reglamentaron la ocupación y aprovechamiento de las tierras limpiadas de aborígenes por métodos financieros, cuyos beneficios en gran parte debían ir a la Metrópoli. Si el colono había traído a su familia tenía derecho a recibir gratis del Estado una parcela de sesenti-

cuatro hectáreas (homestead); si era soltero, lo cual sucedía en la mayoría de los casos, debía comprar la tierra aunque a precios razonables, pudiéndola adquirir tan grande cuanto daba su dinero (preemption), con la condición de cultivarla si quería tener derechos hereditarios de propiedad; si el colono finalmente era soltero pero sin dinero, podía recibir también una parcela reducida, siempre que se comprometiera a cultivarla personalmente al menos por cinco años seguidos sin moverse del lugar. España jamás vendió tierras a sus súbditos en las Indias y, si alguien lo hizo alguna vez a nombre de la Corona, aquello fue un abuso. Las concesiones de tierras debían verificarse de acuerdo a los méritos personales de cada soldado durante la conquista. Tal medida, dispuesta para estimular a la tropa, se prestó sin embargo desde el comienzo a grandes abusos y arbitrariedades. Por otra parte tampoco se urgó el cultivo efectivo, con lo cual se permitió de hecho propiedades improductivas, enclavadas en zonas aptas para la agricultura. Sin embargo, estas concesiones nunca fueron latifundios, pues la proximidad a los mercados de la ciudad en aquellos parajes montañosos sin caminos y con precarios medios de locomoción era cuestión importante. Las miras de los colonos españoles, no se pusieron en el latifundio de duro y largo laboreo, sino más bien en la "encomienda", una vieja modalidad de la Península para el cobro de impuestos, trasladada a América por las autoridades y aquí degenerada frecuentemente en abusos fuera de la ley y la razón. La encomienda era de suyo una región campesina poblada por indígenas, quienes debían pagar sus impuestos como súbditos de la Corona. La recaudación debía hacerse a domicilio por medio de funcionarios autorizados, quienes en general sólo debían cobrar las bases mínimas por cabeza de los aborígenes. Sin embargo, este sistema pronto se convirtió en la verdadera mina de oro de funcionarios ambiciosos. Otra institución típica de España fue la "doctrina". Estas fueron zonas en medio de las montañas andinas, cuyo acceso era vedado al blanco, las cuales fueron creadas precisamente para defender a los indígenas de su abuso y explotación. Dentro de aquellos perímetros cerrados a cargo de clérigos seculares o regulares con autoridades aborígenes, cada familia indígena en particular o toda en conjunto por medio de cooperativas colectivas recibían parcelas agrícolas, de las cuales podían no sólo alimentarse sino pagar sus tributos y hacer frente a sus demás nece-

sidades. Además de la agricultura solían tener pequeñas industrias de tipo familiar para mejorar sus ingresos, las cuales con el tiempo vinieron a renovar las mitas textiles del Tahuantinsuyo en beneficio exclusivo de la colectividad. Gracias a todas estas modalidades de producción varias doctrinas llegaron a ser no sólo graneros para las ciudades sino verdaderos respaldos financieros para la real audiencia en tiempos de crisis, haciéndoles empréstitos de consideración. De hecho tales organizaciones fueron los puntos tal vez más prósperos y florecientes en las serranías de los Andes, exceptuando quizás las fincas de los criollos acaudalados. Su único fallo social consistió en haber paralizado el proceso de mestizaje dentro de sus perímetros.

La ambición de los cuernos ingleses, que gracias al mayor espacio naviero pudieron desde casi su iniciación exportar pieles, tabaco y madera a la metrópoli, se volcó luego hacia las llanuras subtropicales del Sur, para dar comienzo a los interminables campos de algodón para las manufacturas textiles británicas, producidas primero en telares manuales y luego en verdaderas fábricas movidas a vapor. Este fue en realidad el gran filón de oro para las colonias sajonas del Norte, en torno al cual se agruparon las grandes ambiciones de los criollos por medio de la mano de obra del esclavo negro y la sagacidad de los empresarios británicos, empeñados en monopolizar su mercado. Este deseo apasionado de enriquecimiento no fue ciertamente menor en una minoría influyente de colonos sudamericanos. Para convencernos de ello basta recordar la inhumana crueldad con que echaron mano de los indígenas en las mitas mineras de Potosí en Bolivia, el Cerro de Pasco en el Perú o Zoruma en el Ecuador. Sin embargo, lo que pudieron hacer con los metales preciosos gracias al menor volumen y el precio de aquellas mercancías, no lo pudieron aplicar a los productos agrícolas de clima templado, debido al tipo de artículos, las distancias hasta los puertos marítimos y a la falta de caminos adecuados. La falla a nivel económico de España no provino tanto de lo que hizo en América, cuanto de lo que dejó de hacer. Destruídos por falta de mantenimiento gran parte de los caminos y canales de riego de los incas, las autoridades españolas no buscaron financiación ni emprendieron en la construcción de otros nuevos hacia los puntos que precisaban en las costas del Océano. Tampoco restauraron los canales de riego y, así, muchas regiones anteriormente productivas a base de

IV. INTEGRACION ANDINA BAJO LA ESPADA DE BOLIVAR



A través de la Historia ha habido casos de hombres nacidos con la clarividencia de los poderes ocultos de su pueblo, el ideal de su grandeza

y el genio de la guerra. Aníbal con sus cartagineses, Julio César con las legiones romanas, Napoleón con sus ejércitos multitudinarios de franceses y marcosarios, Lenin con sus masas obreras y campesinas, Hitler con sus inexorables tropas teutonas de pura sangre o Franco con la falange de sus hombres indomables son claros ejemplos del poder casi hipnótico que tales personajes amasaron de sí mientras vivieron. De entre ellos uno de los más admirables es sin duda alguna nuestro Libertador, Simón Bolívar. A ciento cincuenta años de distancia, nosotros difícilmente podemos darnos cuenta de lo que en su tiempo significó la hazaña de protagonizar toda una sublevación continental contra el poder de España, asentada incommoviblemente por tres siglos en América desde California por el Norte hasta los extremos de la Patagonia por el Sur. Si en nuestros días nos ha parecido heroico y formidable el caso de Fidel Castro en Cuba, quien, respaldado en el puñado de sus guerrilleros voluntarios de Sierra Maestra, fue luchando palmo a palmo hasta adueñarse por completo del pequeño territorio de su isla, de vivir hace ciento cincuenta años ¿cuánto mayor no sería nuestro asombro, cuando entonces los territorios por emancipar eran veinte veces más extensos?

La trayectoria del Libertador, Simón Bolívar, vino rodeada desde sus orígenes de aquel halo sublime y misterioso con que han aparecido siempre los grandes genios de la guerra. Nació como pequeña llama pero llama al fin, capaz de levantar llamaradas de incendio en cualquier sitio en que se presentara. Durante su adolescencia tuvo ocasión de estar en Francia y en Europa, por los años en los cuales el genio de Napoleón estaba en su apogeo. Verosimilmente entonces el muchacho criollo, a pesar de que su rango y su fortuna le daban ocasión para gozar de grande de los placeres de la vida, se sintió con agallas suficientes como para competir en gestas militares con el gran Emperador de Francia, pero allá en su tierra, en aras de la emancipación sudamericana. Así, pues, a la edad de veintitrés años estuvo de vuelta en Caracas y se puso en contacto con Miranda y con los demás iniciados en la mística de la lucha por la libertad. Su primera intentona de sublevación en el terreno de los hechos fue un rotundo fracaso; el cual le obligó a seguir trabajando en medio de las sombras. Cinco años después volvió a la lucha abierta, para prender el incendio en su país y en poco tiempo lograr proclamar la independencia de las provincias unidas de Venezuela. Sin

embargo, también este primer triunfo es fugaz, como llamada de pajón sin leña gruesa, y una vez más tuvo que huir para volver. Lo hizo, en efecto, dos años después, logrando entonces hacer su ingreso triunfal en Caracas, en donde las muchedumbres delirantes lo proclamaron como Libertador de Venezuela en el año de 1813. Pero él sabía muy bien que una cosa es la muchedumbre en un arranque de fervor y otra cosa es el ejército —la verdadera leña detrás del pajón—. El número de soldados con que entonces contaba era todavía reducido y sus equipos, insignificantes. Trax su primera victoria en Carabobo (1814), volvió a ser derrotado hasta la aniquilación y él mismo no halló otro refugio seguro que el de la isla de Jamaica, fuera de los confines de su patria. Sin embargo, después del tercero y más rotundo de todos sus fracasos, la indomable voluntad del genio no le permitió pensar en otra cosa, que en organizar desde ahí la resistencia y contagiar el optimismo de su espíritu a los mismos gobiernos de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña, logrando de ellos un empréstito de armas y municiones. Como si sólo aquella condición material hubiera detenido hasta entonces el vuelo de su espíritu, de pronto desde 1821 comenzó a brillar su genio militar en operaciones tan sorpresivas y heroicas como la escalada de los Andes para caer sobre los ejércitos realistas en Boyacá (1821), para triunfar por segunda vez y definitivamente en Carabobo (1821) y luego proseguir hacia el Sur por medio de su brazo derecho en las guerras de la Independencia, Antonio José de Sucre, quien triunfó audaz e inteligentemente en Pichincha, para proseguir hacia el último reduto de las fuerzas españolas y triunfar a campo abierto en la inmensa batalla de Ayacucho.

Bolívar estuvo dotado de aquel don extraño y maravilloso en esta clase de hombres, de prender el misticismo patrio en todos cuantos estaban a su alrededor o militaban a sus órdenes, pudiendo exigir de ellos las hazañas más heroicas e imposibles. Bástenos recordar los casos de Ricaurte en Venezuela, Girardot en Colombia y Abán Calderón en Ecuador. El misticismo patrio, en efecto, es el primero entre los factores de integración, que ha conglutinado a los hombres para asentar las bases de un pueblo-guía. A la verdad este sentimiento de autosuperación independiente, que por vez primera comenzaba a conmover hasta el sacrificio al menos a una minoría decidida y heroica, no se había experi-

facular de Norteamérica gracias a la implantación del régimen republicano. No midió en toda su profundidad lo que requiere la Democracia para poder florecer en los maravillosos frutos que le caracterizan. Para que pueda existir un verdadero "gobierno del pueblo", es indispensable que exista homogeneidad de raza, de religión, de cultura y aún, hasta cierto punto, de fortunas. Aquella forma ideal de gobierno sólo existió quizás por una sola vez en la península del Atica y aun entonces apenas perduró por cuarenta años. Pero aquí en la Sudamérica de entonces, esa inmensa mayoría indígena o negra totalmente analfabeta y por lo mismo apta para toda clase de caudillismos ¿qué gobierno efectivo del pueblo o democracia podía prosperar? Mal o bien en los Estados Unidos el exterminio de la estirpe indígena y la total segregación racial contra el esclavo negro habían hecho posible una rápida homogeneización de familias sajonas de inmigrantes, presentando así mejores materiales para plasmar una democracia de mejor calidad. Pero en Venezuela y Colombia con sus negros y Ecuador, Perú y Bolivia con sus indios en abrumadora mayoría y con la tradición monárquica desde el comienzo de la Historia para los y españoles ¿cómo había de ser posible implantar de la noche a la mañana autoridades realmente elegidas por el pueblo con un sabio ritmo de alterabilidad y una subdivisión de poderes para los diversos tipos de posible autoridad, sin caer irremediablemente o en el caudillismo o en la anarquía? Mucho más realista y prudente iba a ser la política del Brasil por esos años, al pasar de régimen colonial primero al monárquico por más de cinco décadas, consiguiendo en esa forma por medio de la inapelable autoridad del rey la aniquilación del caudillismo ciego, la consolidación económica en el conjunto y la posible unanimidad de las ideas. A esta táctica se debió muy probablemente el que el Brasil lograra no desmembrarse a raíz de su emancipación, llegando a nuestros días bajo la versión de una república gigante. Si Bolívar hubiera medido el alcance de los probables puntos de vista del General San Martín y hubieran escogido entre los dos un sistema temporalmente monárquico hasta dominar el caudillismo ciego y conglutinar los elementos superbiológicos dispersos que constituyen la esencia de la nacionalidad, hoy día probablemente en Sudamérica existirían dos repúblicas gemelas, la lusitana del Brasil y la hispano-americana de nosotros.

Un tercer elemento imprescindible de integración es el misticismo religioso. Aunque la Religión puede vivificar por igual tanto las formas monárquicas de gobierno como las republicanas, en todo caso es menester su presencia, para dar una razón de ser digna al respeto de la autoridad (que de otra manera se convertiría en cobardía o servilismo) a la honorabilidad ciudadana (que con su ausencia en el fondo sólo puede basarse en fatuidad o respeto humano) y a la cooperación humana (que fuera de sus principios no es sino vana filantropía). Hemos indicado ya cómo la Religión cumple todas estas funciones y muchas otras desde dentro, constituyéndose en policía interior económica y al mismo tiempo insubornable con el más eficiente de todos los equipos. Desgraciadamente el movimiento democrata moderno, originado en la Revolución francesa, creyó ser algo de su esencia la libertad de la conciencia; destruyendo en esa forma la estandarización de los conceptos con respecto al bien y al mal, exceptuando únicamente lo más burdo como no matar o no robar. De esa manera menospreció como medieval y cavernario la energía conglutinante del misticismo religioso, que había generado el heroísmo multitudinario de las Cruzadas en Europa, el valor siete veces secular de los españoles en su lucha con los moros durante la reconquista y la osadía de los franceses en su guerra de cien años contra los herejes ingleses con episodios de heroísmo tan notables como el de Juana de Arco al morir quemada viva. En nuestras guerras de la Independencia, por el contrario, ante el dilema de escoger entre la monarquía o la república, los mismos obispos y clérigos católicos se encontraron divididos, militando en el caso del Ecuador, por ejemplo, el obispo de Quito, Monseñor Cuervo y Calcedo, del lado de la causa republicana, en tanto que el obispo de Cuenca, Monseñor Quintán Poma, a favor del rey de España. Así, pues, el movimiento independentista de Bolívar, en vez de sacar de la Religión un nuevo agente de integración, dio lugar a una nueva división aun en el seno mismo de la iglesia.

El cuarto agente importante con respecto a la integración de los pueblos es la producción. Las de suyo flacas economías de nuestros pueblos, sometidos al régimen colonial español, se vieron debilitadas al extremo con quince años de guerras, cuando el primer congreso de la Gran Colombia, reunido en 1824 y en 1825, trató de estimular y regular la explotación de las minas, la navegación, la exportación y las garantías

ciudadanas para dar a todos ocasión de producir. Todo aquello fue muy prudente y oportuno. Pero todas esas medidas precisaban años y décadas para producir sus frutos; mas la nueva forma de gobierno preconizaba el cambio como la más sabia y moderna solución y así se acudió a nuevos hombres y a nuevas divisiones de los territorios como medidas adecuadas.

Además del misticismo patrio, quinto agente de integración a través de la Historia ha sido la mezcla de estirpes para la homogeneización de sangres y la consiguiente desaparición del caudillismo. Una falla constante en nuestras repúblicas modernas ha sido el confundir el régimen republicano de partidos políticos con el caudillesco. El ciudadano genuinamente democrata no ve en pto de los hombres sino de sus principios económico-sociales, únicos elementos que deberían ser tomados en cuenta para efectos de la administración civil, supuesta la moralidad interior y el deseo sincero de servir en todos los candidatos. En cambio, el ciudadano propenso al caudillismo se aferra a un apellido concreto, sin preocuparse de conocer a fondo a la persona que se esconde detrás de él, sino arrastrado más bien de cualquier tipo de ventajas que su elección pueda reportarle. El caudillo por su parte hace lo propio, multiplicando hasta lo infinito ofrecimientos a favor de sus partidarios. De esta manera el caudillismo olvida los principios en la elección de sus colaboradores, convirtiendo al Estado en una gran agencia de colocaciones para partidarios, desechando el dinamismo y talento de la oposición, con lo cual el mérito único y exclusivo de la Democracia de aprovechar mejor la inteligente ciudadana queda totalmente aniquilado. Los grandes méritos de Bolívar fueron el haber sido un genio de la guerra y un soñador grandioso e incorregible. Sólo un hombre así pudo emprender con éxito la magna gesta de la emancipación sudamericana. Pero la nobleza e hidalguía de sus sueños fueron las que dieron ocasión a su trágico final. Su eficiencia genial en el campo de batalla y la noble hidalguía en el trato de sus subordinados no le hicieron temer, como era razonable hacerlo, el caudillismo sobrepuesto de algunos de sus colaboradores. Puso excesiva fe en las masas populares, que habían aclamado sus victorias eufóricas y multitudinariamente. Pero pueblos en donde las grandes mayorías estaban compuestas entonces de esclavos negros, acostumbrados al látigo de sus dueños, o de rebeldes de indígenas o mestizos, eternamente adscritos al tutelaje despótico de sus patronos, eran materia

ideal para desencadenar el más desatado caudillismo. Esto fue lo que sucedió con Bolívar y sus sueños de integración.

El último entre los factores principales de conglutinación humana es el de la unanimidad de las ideas. Desafortunadamente Bolívar traía de Francia (esa gran Nación de otros tiempos pero que desde la Revolución había dado comienzo a su período de secular decadencia superbiológica) ideas muy distintas a las de las grandes mayorías sudamericanas. Los verdaderos maestros del Libertador habían sido Montesquieu (1689-1755), Voltaire (1694-1778) y Rousseau (1712-1778), representantes todos ellos de la ruptura definitiva con el pasado cristiano de Europa, a la cual apenas una pocos intelectuales de Sudamérica se habían habituado. Esta ruptura de criterios iniciada entonces y diversificada en toda clase de teorías hasta la época actual, fue un nuevo agente de desmembración.

Todo esto junto hizo que la Gran Colombia de Bolívar se desvaneciera con la rapidez del más hermoso de los sueños.

El sueño de Bolívar era el de una gran nación sudamericana, una nación que uniera a los pueblos de América del Sur, una nación que fuera el centro de la vida política y económica de todo el continente. Este sueño era el más hermoso de los sueños de Bolívar.

País	Población	Superficie en miles de km ²
Venezuela	1.200.000	914.000
Colombia	1.100.000	371.000
Ecuador	1.000.000	283.000
Perú	1.000.000	1.285.000
Brasil	1.000.000	853.000
Argentina	1.000.000	2.780.000

Países de América del Sur: 1.200.000 habitantes, 10.000.000 km² de superficie.

El sueño de Bolívar era el de una gran nación sudamericana, una nación que uniera a los pueblos de América del Sur, una nación que fuera el centro de la vida política y económica de todo el continente. Este sueño era el más hermoso de los sueños de Bolívar.

V. EL ECUADOR ANTE EL PLAN ACTUAL DE INTEGRACION



En este brevísimo bosquejo histórico al alcance de todo el mundo, no nos vamos a detener en detallar la compleja odisea de los pueblos

por los difíciles caminos de la democracia republicana, avanzando separadamente por casi ciento cincuenta años hacia su autosuperación individual. El hecho es que, al cabo de todas esas experiencias y ante el panorama político-económico del mundo actual, dentro de cuyos ámbitos los pueblos pequeños y medianos son de una o de otra manera aprovechados a mansalva por los grandes, desde 1960 en principio y más expresamente desde 1969 en que se suscribió el Acuerdo de Cartagena, los seis países, ubicados en torno a la cordillera de los Andes, han vuelto a sentir la perentoria necesidad de volverse a unir para escapar del obvio subdesarrollo, que ya se podía predecir desde los días de Bolívar.

La diversificación operada en los seis pueblos a lo largo de ciento cincuenta años de evolución individual es indudablemente impresionante. En primer lugar su población ha aumentado quizás hasta en un 90% desde aquellos años, dando hoy día un total para el área andina de 76'350.600 para fines de 1975. En cuanto a superficies territoriales los datos estadísticos actuales representan, así mismo, un contraste terrible con los de hace ciento cincuenta años. Para acudir a las columnas de cifras por una sola vez en esta corta síntesis, juntemos a la vez los datos de ingresos per cápita por países, lo cual nos dará una idea genérica sobre la situación económica, a que cada uno de ellos ha llegado en el momento actual:

Países	Superficie	Ingreso per cápita
Perú	1'285.216 Kms. cuadrados	US\$. 379,00
Colombia	1'138.914 " "	475,00
Bolivia	1'098.581 " "	221,00
Venezuela	912.050 " "	1.579,00
Chile	756.623 " "	649,00
Ecuador	270.870 " "	368,00
	5'462.054 Kms. cuadrados	US\$. 614,88 promedio en 1975

Obviamente en torno a estas superficies territoriales nuestros seis países andinos han levantado, a fuerza de acumular litigios, arbitrajes y cadáveres, altísimas murallas sentimentales, las cuales ciertamente no existían en tiempo de Bolívar.

Del examen a primera vista de la superficie territorial, a que el Ecuador ha quedado reducido al cabo de ciento cincuenta años, se desprende claramente el argumento quizás más convincente para los ecuatorianos de adherir al Pacto Andino, cuente lo que cuente. En efecto, si cuando en gran parte de su territorio no había más que selvas aparentemente improductivas en ciento cincuenta años perdió las dos terceras partes de su extensión superficial, la proporción numérica del tiempo da que en los próximos setenta y cinco años tampoco sea capaz de defender lo que le queda y desaparecer por completo, ahora que nuestros yacimientos petroleros están en plena producción por manos extranjeras. Bien sabemos cómo los arbitrajes de países lejanos (España, los Estados Unidos, Brasil, etc.) han sido contrarios a nosotros por ser débiles. Si hoy día, que parece haber simetría en los seis países andinos, logramos un acuerdo común para no volver a utilizar la fuerza para arrebatarnos más territorios a los vecinos, so pena de una alianza automática de los otros cuatro países a favor del atacado, esto para nosotros sería un beneficio elemental e invaluable. Por lo tanto no cabe indiferencia ni apatía de parte de ningún ecuatoriano hacia el éxito del Pacto Andino, pues eso en realidad para nosotros es cuestión de vida o muerte en el futuro. Nuestra posesión geográfica en medio de la zona andina es por un lado algo altamente peligroso; pero, por otro, puede tener un valor estratégico de puente o lazo de unión entre el Este, el Norte y el Sur, si hay en nosotros cabera y voluntad para saber sacar provecho de ello. Es, pues, preciso crear una conciencia nacional sobre la importancia trascendental, que para los ecuatorianos tiene el Acuerdo de Cartagena y cooperar todos (Estado, personas y expertos, así como todos y cada uno de los ciudadanos a su modo) para su rápida y afínada conclusión.

El proyecto actual de integración andina no es total como en el Imperio de los Incas; no es tampoco superficial y ajeno en lo económico y político, como lo fue el régimen colonial de España; finalmente no es unificador bajo todos los aspectos aunque limitado con respecto al área, como lo fue la Gran Colombia de Bolívar. El plan de hoy día está concebido para operar únicamente a nivel de una integración económica.

Si el factor económico por sí solo resulta capaz de operar nuestra integración andina, tanto mejor, aunque este sería el único caso a través de la Historia de la Humanidad, en que con un medio tan limitado se consigue un efecto tan inmensamente grande. Al investigar nuestro pasado hemos visto cómo el Tahuantinsuyo, a pesar de su prosperidad económica maravillosa, se desplomó súbitamente por efecto de otros factores muy diversos. Los esfuerzos millonarios y altamente tecnificados, hechos en nuestros días en cuestión de integración económica del Mercado común europeo, la Asociación de estados centroamericanos y la ALALC, después de veinticinco años de agotar toda clase de recursos económicos, parecen confirmar patéticamente nuestros temores. Si es esta la verdad, estando nosotros obligados a prestarle nuestra irrestricta colaboración por identificarse su futuro con el nuestro, nuestra iniciativa nacional debe consistir en ampliarlo hacia los otros factores de integración, que no han sido tomados en cuenta todavía.

Quedándonos puramente en el plano de integración económica, el Pacto Andino se halla hoy día paralizado por dos obstáculos financieros sumamente graves. El primero se refiere a la intervención de capitales extranjeros y el segundo, a nuestras fronteras económicas interiores y exteriores. Examinemos brevemente estos dos escollos, para idear luego las iniciativas que el Ecuador pudiera presentar para salvarlos.

1.—*Intervención del capital extranjero.* La máquina y su poder incontrolable en la generación de capitales es lo que desde hace doscientos años viene introduciendo y recalando cada vez con mayor claridad las diferencias entre los pueblos llamados "desarrollados" en el Mundo y los "subdesarrollados", entre los cuales deben colocarse nuestros países andinos. Siendo la máquina un elemento físico creado por el hombre, tal diferencia puede ser superada en poco tiempo, mediante una planificación adecuada y la instalación de plantas multinacionales de interdependencia en la producción y en el consumo. Así, pues, a primera vista el problema parece sencillo, pues en último término es sólo una cuestión de dinero. Pero aquí está precisamente el problema sustancial. Los capitales requeridos para la industrialización global de los seis países andinos ascenderían a cifras tan gigantescas que rebasan por completo nuestras posibilidades todas juntas, aun dedicando a ello el volumen

total de nuestros presupuestos nacionales —lo cual desde luego sería físicamente imposible. Con el fin de solucionar esta necesidad, se han presentado una vez más ciertas empresas del exterior, especializadas en realizar toda clase de requerimientos industriales y encargadas así mismo de su financiación. Desgraciadamente las experiencias tenidas con este tipo de empresas transnacionales ha resultado altamente contraproducente, tanto por los altos dividendos de utilidades que han sacado de nosotros, como por la esclavización a la técnica extranjera que la suelen mantener en reserva. Su intervención nos pudiera dar de pronto las apariencias de un desarrollo pujante y maravilloso, tal como el parlamentario del Brasil denunció en 1975 que estaba sucediendo con ellos; pero las realidades serían de un nuevo coloniaje de carácter económico, mucho más perjudicial que el que tuvimos de España, por venir a agotar nuestros recursos materiales y humanos, en beneficio principal de empresarios extranjeros, encargados de hacer de la técnica un tabú inaccesible para los "nativos". También hay inconvenientes en solicitar dichos capitales de los gobiernos en los países "desarrollados", pues tales créditos nos esclavizarían inevitablemente a sus intereses políticos; además de colocarnos una vez más y de por vida en la pasiva vergonzante de mendigos.

La necesidad de inmensos capitales para la integración de nuestros seis países andinos es perentoria. De conseguirlos fuera, este proceso de integración en el plano económico quedaría solucionado en corto tiempo. ¿Cómo podríamos conseguir esta financiación, sin comprometer nuestra independencia económica y logrando libre acceso a la tecnología? Si juntamos este primer problema al segundo que hemos mencionado sobre la política arancelaria interna y externa, que los seis países deberían adoptar para el incremento adecuado de su desarrollo, tal vez hallamos la respuesta conjunta.

2.—Problemas arancelarios. Entre los seis socios del Acuerdo de Cartagena hay países, como Chile y Colombia, que cuentan con una mayor experiencia industrial y con una producción lista a venderse entre los demás; si se reducen los impuestos aduaneros a su favor, como se había convenido desde antes. Perú y Venezuela, en cambio, no quieren hacerlo, pues las industrias de ellos, previstas para el intercambio

equilibrado, no se hallan todavía concluidas, pidiendo por lo tanto una prórroga no inferior a dos años.

Pues bien, tanto este problema como el anterior sobre el tratamiento de capitales extranjeros pueden quizás ser resueltos en conjunto, si posponemos nuestras miras egocéntricas y sacrificamos todos un poco del presente con miras al futuro. Si, en vez de hacer del arancel interno y externo común una muralla insalvable, dejamos los derechos arancelarios periféricos como están, recargándoles más bien con un 50% adicional en cada país, con cuya recolección comenzamos a formar el capital común para la creación de un banco andino, sus ingresos acumulados en diez o veinte años serían tan grandes como para financiar la planificación prevista por nuestros expertos, pudiendo ser su monto total descontado en el exterior hoy día. Si a eso añadimos el 50% de los beneficios que resulten de las rebajas arancelarias internas, dejando sólo el otro 50% para estímulo de los industriales favorecidos con dichas rebajas, este capital nuevo total, creado por esfuerzo propio, nos librará de todo tipo de esclavización y de esa pose vergonzosa de mendigos de préstamos exteriores, que se ha vuelto tradicional entre nosotros, siendo causa de bochorno ante nuestros propios hijos.

3.—Otro grave riesgo. Parece que nadie se siente satisfecho con el sistema de interminables discusiones a puerta cerrada para efectuar asignaciones industriales, que al peso que va no concluiría sino para después del año dos mil. Pero lo más grave vendrá posiblemente después, cuando los industriales de cada nación, favorecidos con el monopolio o semi-monopolio en la producción de tal o cual artículo, parapetados tras sus respectivas protecciones arancelarias, impongan precios de venta mucho más altos que los básicos del mercado exterior, sin que nadie tenga derecho de controlar sus pretensiones. En ese caso, e más del empobrecimiento general con respecto al exterior, los países más perjudicados serán los menos industrializados como el nuestro.

Pues bien, para ganar por un lado en rapidez con respecto a la adjudicación de asignaciones industriales y garantizar, por otro lado, el costo más bajo posible de las mercaderías a producirse, tal vez sea mucho más acertado adoptar el sistema de licitaciones entre los empresarios de los seis países andinos en general e indistintamente, adjudica-

cando su ejecución a las firmas que ofrezcan precios más módicos de venta. Si la financiación es común para todos merced a los fondos del proyectado banco andino y se dan plenas garantías, para que los empresarios de países grandes o pequeños puedan explotar los recursos suyos o los de sus vecinos, no parece haber duda alguna de que se ganará en agilidad y se aprovecharán mucho mejor en beneficio común los elementos naturales y humanos, de que en la actualidad dispone el Pto. Andino.

Concluimos este ligero bosquejo histórico sobre las diversas formas de integración andina, que nos han precedido, con la esperanza de que éstas nos ilustren sobre la forma de salir de la presente paralización en que nos hallamos atrapados:

le más individualidad propia a cada uno de los países andinos, pero sin perder de vista la necesidad de una integración económica y política que permita el desarrollo de todos los recursos y el bienestar de todos los pueblos andinos. La integración andina debe ser una integración que respete la diversidad cultural y lingüística de los pueblos andinos, pero que al mismo tiempo permita el intercambio de conocimientos y experiencias, y el aprovechamiento de los recursos naturales y humanos de cada uno de los países andinos. La integración andina debe ser una integración que permita el desarrollo de la agricultura, la ganadería, la industria y el comercio, y que permita el acceso de todos los pueblos andinos a los beneficios de la integración.

La integración andina debe ser una integración que permita el desarrollo de la agricultura, la ganadería, la industria y el comercio, y que permita el acceso de todos los pueblos andinos a los beneficios de la integración. La integración andina debe ser una integración que permita el desarrollo de la agricultura, la ganadería, la industria y el comercio, y que permita el acceso de todos los pueblos andinos a los beneficios de la integración.